

A C T I T U D E S

LEYENDA DEL JOVEN PESCADOR DE LAS AGUAS PROFUNDAS

(Cuento)

POR FELIX FERRER GIMENO

EN un pueblo de la costa, uno de esos lugares apacibles y bellos de nuestro Mediterráneo, donde casi nunca ocurre nada, conocí a un joven poeta que me contó una historia realmente fantástica. Mi amigo, el poeta, me pidió que guardara el secreto, que sólo él sabía...

Gustaba de pasear por los acantilados. Desde lo más alto contemplaba las velas abiertas a los mares y las calas que se cortaban como muros. Entoces no hablaba. Escribía en un papel rayado y sucio que sacaba de sus bolsillos. Ero un tipo extraño. Los del lugar aseguraban que estaba loco.

En el verano, cuando en el campanario de la iglesia daban las cinco, bajaba a la playa. "La gente va—me decía—cuando no debe; cuando los rayos infrarrojos queman las células; cuando el sol oscurece y curte la piel". Sabía que las irradiaciones de las ondas son más beneficiosas. Había leído, había oído hablar de las radiaciones ultravioleta.

—A veces los pequeños acontecimientos varían el rumbo de una vida; trastocan una voluntad y fuerzan un destino.

—¿Por qué dices esto?—le pregunté.

No me escuchó. Siguió andando. Luego nos sentamos.

—Esta es la verdad, terrible verdad de un muchacho, hombre por lo que oirás. Nació cerca de aquí—me dijo friamente—. Su estado de ánimo variaba mucho.

Empezó a hablar. Estuve mucho tiempo escuchándole. Aquella noche no pude dormir pensando en él.

Su mente alucinante y de poeta soñador, había creado un héroe mítico, romántico. Muy español. Quizás por ello convirtió en leyenda, la historia...

Han pasado los días y no lo he vuelto a ver. Ahora escribo en el pequeño puerto protegido por una colina de verdes prados. Intento recordar cuanto me dijo.

La historia empezó en una playa solitaria, junto a una vieja barca de pescador. Allí Juan, nuestro héroe, conoció a Miriam. Miriam era niña como él. No pasaba de los quince años. La barca llevaba su nombre. Se sentía feliz en ese rincón, con su barca, con el mar azul. Pensaba que el mundo es como el horizonte, limpio, bello; que esa serenidad y bienestar que experimentaba cuando dejaba que el sol y el agua acariciaran su cuerpo hermoso y joven, era la única serenidad y bienestar que iluminaba y confortaba en la vida. Miriam, amaba; estaba enamorada de su soledad, de sus sueños. Deseaba la vida por lo que de bello tiene. Juan, llegó con el tiempo a conocer su intimidad sana. No quiso mancillarla porque él, en el fondo, también creía en esas cosas. Por eso estaba allí, como ella, soñando... En cierta ocasión le dijo que esperaba que pasara un barco, porque los barcos eran portadores de esperanzas; que llevaban hacia lo desconocido, que en el silencio, sus sirenas hacían estremecer.

—Me gustaría pescar en las aguas profundas, lejos—le dijo un día a Miriam.

—¿Te has fijado en el rostro de la mujer del pescador cuando espera el regreso del marido y las barcas no llegan? ¿Y cuando abraza a su hijo y mira a la mar espantada?

—¡Me quieres!

—Mucho...

Apoyó su cabeza en el hombro y la besó. Un ruido profundo les sobresaltó. Era una explosión aterradora.

—Mira hacia arriba—le dijo Miriam.

Estaba asustada, muy inquieta. Algo caía del cielo. Pronto se perdió en el horizonte. Juan llevó hasta la orilla la vieja barca de pescador.

—¿Qué haces, Juan? Es una locura salir. Parece una explosión atómica.

—Soñé siempre en llegar hasta allí con una barca...

—Iré contigo.

—No, la mar está inquieta.

—Tú sólo no podrás. Hay que remar mucho... Está lejos.

—No importa, llegaré.

—¿Tú crees que son hombres... los que han caído de esa explosión allí arriba?

Juan no contestó.

—Quiero decir como nosotros...

—Claro...

Su rostro enrojeció.

—Parecía que salían de una aurora de fuego... Cariño, abrázame fuerte.

—Sí...

El ligero viento que soplaba, les ayudó a alejarse de la costa. Juan jugaba con sus cabellos largos, de niña. Los ojos le brillaban. Por un momento temió hacerla suya... Empezó a picarse la mar y la barca cabeceó. Nubes negras oscurecían el firmamento, y un fuerte viento azotó las aguas imposibles ya de dominar con los remos. La barquichuela viraba vertiginosamente. Las olas chocaban con violencia a babor y estribor. La popa ascendía y bajaba. Parecía un tobogán de furia que se precipitaba al fondo del abismo. La ansiedad de escapar de aquel infierno, hacía que remara cada vez con más intensidad. A cada golpe de remo, sangraban sus manos. El terror estaba fijado en sus rostros blancos, desencajados. Rezaron. ¡Con qué fe se pide a Dios que se apiade de nosotros cuando la muerte nos mira como espectro alucinante! Seguían a merced de las aguas embravecidas por un huracán desconocido en esas latitudes. Crujía la madera, se resquebrajaba la barca y, sin embargo, flotaban... Horas iguales; tiempo sin principio y fin; angustia que templaba a los hombres y los hace mejores. Se retuercen las entrañas porque no hay hijo que haya parido madre, que no sienta miedo ante la impotencia humana.

Una ola es continuación de otra que rompe con estrépito. En esta continuidad, se descubre la fuerza del mar, verdaderamente aterradora cuando se desata.

Volcó la barca y quedaron agarrados a ella sin poder salir. Un remolino profundo, los devolvió nuevamente a la superficie. Segundos de lucha torturante. Miriam estaba desvanecida en el fondo de la barca. Su cuerpo, medio desnudo, sangraba. Juan, con su camisa rota, mojada, limpió las heridas; luego tapó sus pechos pequeños, tersos, que antes quiso acariciar... La corriente, ahora favorable, los conducía a la costa, pero la barca hacía agua. Aquél era un hundimiento lento, de agonía... Achicó el agua. Y apoyó la cabeza de Mirián en su pecho. Ella le sonrió y le besó en la frente.

—Si me muero, devuélveme al mar.

—¿Acaso eres sirena...?

Miriam calló.

—No morirás. No; no morirás... Eres mía y no puedes irte...

—Gracias, Juan.

—El mar ha vuelto a su ser, ¿sabes?

—Tras la tempestad, viene la calma. Siempre pasa igual. El mundo no cambia.

—¡Pero vivimos, Miriam!

—Todo no, me duele aquí... Me ahogo...

—Pronto llegaremos. Ya verás. Ahora no hables. Duerme, no hay que temer nada...

—¿Y los hombres que cayeron?

—No sé... Los había olvidado.

Miriam, cerró los ojos. "Duerme", pensó Juan y contempló su rostro de virgen niña. No le quedaban fuerzas para seguir remando. Se dejó mecer por las aguas, ahora quietas. El cansancio lo sumió en un sueño profundo, y espantoso.

Miriam, ya no despertó. Juan, la devolvió al mar como ella quería. Rezó. A pocos metros flotaba una tela blanca, muy grande. Sujetaba algo metálico que brillaba en el fondo. Pronto ya no se vió. Siguió vagando abandonado a las corrientes durante varias horas. De repente vio, a lo lejos, algo negro que flotaba a la deriva. "Son ellos —pensó— los que cayeron del cielo, de esas nubes blancas que corren como si no hubiera espacio para andar por allá arriba". Empezó a

remar con fuerza. No se equivocó. Tres hombres con traje de goma y salvavidas, flotaban a pocos metros de él. Parecían extranjeros.

Cuando arribó a la playa, una ambulancia se encargó de recoger sus cuerpos.

Llegaron barcos y muchas fuerzas de la Marina. Las barcas no podían hacerse a la mar y los hombres acudían a la taberna. Era oscura y en torno a sus mesas gastadas por el tiempo, los pescadores cantaban canciones de la tierra.

Decíase que al amanecer salía una sirena de las aguas que se perdía en la lejanía. Nadie la había visto. La gente joven no creía en las habladurías...

En la plaza, los mozos y mozas bailaban. Juan, no comprendía nada...

—¡Ahí está nuestro héroe!—exclamó uno.

Juan siguió su camino.

—¡Eh, tú, al menos explícanos cómo fue!

Volvió al grupo.

—¿Qué más da... ¿Se salvaron?

—¿No lo sabías? ¡Claro, si desde entonces pareces un sonámbulo!

—¿Qué pasa...?

—¿Lo dices por tanto barco de guerra...? Buscan un artefacto, que de estallar volaría el mundo...

—¡Bah, exageraciones! Sé dónde se encuentra.

—¿Escucháis lo que dice? Ahora resulta que sabe más que los que van en esos submarinos, que han venido de tan lejos...

—Lo he visto. Está junto a... ¡Bueno, qué importa!

—Anda, habla...

—En un sitio donde hay estrellitas de mar...

Rieron. Juan no quiso confesar que allí yacía Miriam. No lo creerían porque no la habían visto nunca... Quizás fuera la sirena del mar que salía al amanecer...

Un soldado extranjero le dijo que su jefe precisaba hablar con él. Juan le acompañó hasta una tienda de campaña.

—¿Es cierto lo que dicen?

—¿Y qué dicen?

—Que conoce dónde cayó la bomba...

—Sí...

—Se está empleando la técnica más moderna en el rescate submarino. Unidades de la flota trabajan incansablemente. Es casi imposible que usted pueda saberlo.

—Hay estrellitas de mar, ¿sabe?...

—Concrete, por favor.

—Sí, claro...

La espuma de las olas eran como motitas blancas que discurrían plácidamente unas detrás de otras... El sol caía de plano. Juan recostó su cabeza en la vieja barca de pescador y soñó con Miriam. Ya no había barcos en el horizonte. No le importaban los honores; los homenajes... Sólo el murmullo de las sirenas cuando los barcos decían adiós... Ilusiones y secretos de esta niña hermosa que se la llevó el mar, entre las estrellas. Su mar azul, excitante y profundo...